

BAJO EL PATROCINIO DE
SARAH GIRRI
Y JORGE GALLARDO

BUENOS AIRES

José Watanabe
POESÍA COMPLETA

Prólogo de DARÍO JARAMILLO ACUDELO

COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR • EDITORIAL PRE-TEXTOS



MADRID • BUENOS AIRES • VALENCIA • 2013

PRÓLOGO

Primera edición: junio de 2008
Segunda impresión: noviembre de 2013

© HEREDEROS DE JOSÉ WATANABE, 2013

© PRÓLOGO, DARÍO JARAMILLO, 2013

© DE ESTA EDICIÓN, PRE-TEXTOS, 2013

LUIS SANTÁNGEL, 10
46005 VALENCIA
WWW.PRE-TEXTOS.COM

IMPRESO EN ESPAÑA
ISBN: 978-84-8191-897-7 • DEPÓSITO LEGAL: V-2733-2013

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: ANDRÉS TRAPIELLO Y ALFONSO MELÉNDEZ
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: MANUEL RAMÍREZ

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

Celebro el rasgueo vertiginoso de la guitarra en la fonola
y mientras ellas aplauden yo sueño procacidades, me miro
los dedos que ya no llevan guantes para arrojar al suelo
y decido mi retiro, sin discordias y a desgana,
mientras va devorándose sola mi manzana.

EL HUSO DE LA PALABRA
(1989)

NOTA DEL DEUDOR

*Cuando abría los ojos,
ellos estaban siempre allí, alrededor de mi cama.
Ellos, mi amigo Bertram Hanssum
y mi hermana Teresa.*

...contempla las palabras.

Cada una

*tiene mil caras secretas sobre la cara neutra
y te pregunta, sin interés por la respuesta,*

pobre o terrible, que le dieres:

¿trajiste la llave?

DRUMMOND DE ANDRADE

EL AMOR Y NO

MI OJO TIENE SUS RAZONES

CREO que mi ojo tiene un arbitrario criterio de selección.
Obviamente hubo más paisaje alrededor,
imposible que sólo fuéramos ella y yo en el rompeolas.

Soy de repeticiones, como todos. Entonces puedo suponer que
si hubo niebla

le dije: botes en la bruma pueden ser sólo reflejos, espejismos,
y le mencioné el antiguo haiku de Harumi:

“Entre la niebla
toco el esfumado bote.
Luego me embarco”.

Si hubo sol

le tomé fotografías con el hueco de la mano y acaso la azoré
diciéndole: posa con los senos hacia el viento.

Si pasaron gaviotas y ella las admiró, le recordé
que eran aves carniceras y que únicamente su feo canto es ho-
nesto.

Mi ojo todo lo veía, no descartaba nada.

Entramos en el mar por el rompeolas de rocas cortadas.

Sobre una roca saliente ella recogió su falda

y deslizó sus pies hacia el agua.

Sus muslos desnudos hallaron comodidad en la piedra.

el cazador que confirmará su destreza
y el arrepentido
que exaltará con palabras tu muerta belleza.

Ahora gira lentamente, muéstrame el lado del corazón
y ven contenta,
ven siempre contenta, por aquí,
por aquí.

COMO SI ESTUVIERA DEBAJO DE UN ÁRBOL

EN otro lado esta muchacha tendría hermosas piernas
y yo abriría las manos midiendo en el aire su cadera
o pensaría algo impúdico y bello para nombrar sus senos.
Esta muchacha taquígrafa mecanógrafa de buena presencia
no me sonrío ni canta,
pero debiera.

Vive ocho horas diarias frente a mí
sentada sola y lejana
lejana en una larga perspectiva sobrevolada por estantes y escritorios
y palomas fijadas en el aire y una ventana que distorsiona
su propio marco y ella más sola y lejana cada vez.

Oh, yo no
soy surrealista
soy empleado
y esta muchacha archiva mi oficio y beneficio, mi nombre
que flota como un globo entre los conserjes y los doctores.
A la hora del refrigerio ella abre su lonchera
y dispone sobre el escritorio su alimentación de pájaro
como si estuviera debajo de un árbol.
Esta muchacha,
como si estuviera debajo de un árbol debiera cantar
y yo debiera ser galante con el suave color de sus mejillas.

FUIMOS rebeldes y audaces. Yo la convencí de la nueva moral que ni aun yo tenía, y huimos sin ceremonia ni consentimiento. Ella trepó ágilmente a la grupa de mi caballo y así cabalgamos hasta las primeras estribaciones de la sierra. Bordeábamos los poblados y con ramas desgajadas íbamos cubriendo nuestras huellas. Nos detuvimos en una aldea cuyo nombre alude a la contemplada limpidez del río que la atraviesa.

Había clara luz de tarde cuando el posadero nos abrió la pesada puerta de palo. A pesar de reconocer en él a un hombre sin suspicacias, le mentimos nuestros nombres. Le encargué una buena habitación para nosotros y cuidados para nuestro caballo. Ella, azorada y hambrienta, mordía a mi lado una manzana.

El cuarto era blanco y olía a resinas de eucalipto. Aunque ofrecido con excesiva modestia por el posadero, allí hallamos seguridad. Desde el pie de nuestra ventana los trigales ascendían hasta las faldas riscosas donde pastaban los animales del monte. Las cabras se perseguían con alegre lascivia y se emparejaban equilibrando peligrosamente sobre las aguas rocosas. Ella cerró la ventana y yo empecé por desatar su largo cabello.

Fuimos rebeldes y audaces. Sin embargo, ahora nos perdonan nuestras familias y nos perdonamos nosotros mismos. Nuestro hogar ha sido tardíamente consagrado. Eso es todo. Nunca traicioné otras grandes verdades porque quizá no las tuve, excepto el amor que me hizo edificar una casa, excepto el amor que nunca debió edificar una casa.

A veces pienso cabalgar nuevamente hasta esa posada para colgar en su puerta estos versos:

En la cima del risco
retozan el cabrío y su cabra.
Abajo, el abismo.

LA MANTIS RELIGIOSA

MI mirada cansada retrocedió desde el bosque azulado por el sol hasta la mantis religiosa que permanecía inmóvil a 50 cm. de mis ojos.

Yo estaba tendido sobre las piedras calientes de la orilla del Chanchamayo y ella seguía allí, inclinada, las manos contritas, confiando excesivamente en su imitación de ramita o palito seco. Quise atraparla, demostrarle que un ojo siempre nos descubre, pero se desintegró entre mis dedos como una fina y quebradiza cáscara.

Una enciclopedia casual me explica ahora que yo había destruido a un macho vacío

La enciclopedia refiere sin asombro que la historia fue así: el macho, en su pequeña piedra, cantando y meneándose, llamando hembra y la hembra ya estaba aparecida a su lado, acaso demasiado presta y dispuesta.

Duradero es el coito de las mantis.

En el beso ella desliza una larga lengua tubular hasta el estómago de él y por la lengua le gotea una saliva cáustica, un ácido, que va licuándole los órganos

y el tejido del más distante vericuelo interno, mientras le hace gozo, y mientras le hace gozo la lengua lo absorbe, repasando la extrema gota de sustancia del pie o del seso, y el macho se continúa así de la suprema esquizofrenia de la cópula a la muerte.

Y ya viéndolo cáscara, ella vuela, su lengua otra vez lengüita.

Las enciclopedias no conjeturan. Esta tampoco supone qué última palabra queda fijada para siempre en la boca abierta y muerta del macho.

Nosotros no debemos negar la posibilidad de una palabra de agradecimiento.

EN el museo de Historia Natural
mi mano sobre el lomo de la pantera terrible
se desliza como si calmara las formas de otras amenazas
y el mandril asiente,
posando entre su pareja y su cría, el mandril asiente.
Tu piel y mi piel estaban disecándose, mandrila, y nos quedaba el
cuerpo como frutas consumidas dentro de su cáscara.
Pude hablar
de tanto, pero me dio pereza.
Sobre la cabeza del mandril años y años cae el polvo de estopa
y cerca de sus pies
su propia pelambre y la de su familia.
Aquí todo está muerto, sólo el aire
gira levemente vivo,
pero a veces se agita y mueve las plumas y las pieles
y por un segundo nos hace creer en movimientos más ostensibles
donde el águila carnicera devore al petirrojo indefenso y sólo bello
o la pantera complete su salto sobre el anca de la gacela.
Pero fue sólo el aire soplando
y es el poeta inobjetivo que mira e insiste:
el mandril quiso huir,
por la ventana, solo,
el mandril quiso huir.

*... máquinas ingenuas
que se llevan a los labios.*

LUIS HERNÁNDEZ

¿TE acuerdas de los pitos del alfarero Tineo
pájaros sapos vaquitas chivitos
apreciados en el cuenco de nuestras manos
y todos con su candorosa trompetita de una sola nota en el culo?
Yo sigo buscándolos en las ferias de los artesanos.
Están en mi escritorio.
y mis ojos que en la madrugada saben más
me piden que los acepte como semejantes de mi corazón
que reprimo.
Mi corazón quiere gritar y llamarte con mocos,
lágrimas y babas,
pero termina por aceptar la discreción
de los pitos:
llevo uno a mis labios y soplo
y ese único e inalterable sonido
me aconseja y advierte
que con una sola nota basta.

LA DANZA

LA mano de mi esposa resbalaba desmayada
por el brazo del sillón, dándose al beso
final.

Hacía tiempo que ella era mi fallecida. El silencio
nos comunicaba bien. Las palabras eran un contratiempo, nos
despertaban
del conjunto escultórico que componíamos: Dama y Caballero
sobre la losa funeraria, y ella empezaba
su larguísimo reproche, mis descuidos
en la vigilancia de la aguas.

Oh esas infinitas noches en que nuestras palabras
terminaban siendo jitanjáforas
que vagamente expresaban encono y desazón, hasta la luz
del alba, celeste afuera, virando al amarillo en mi ventana.

Yo creo casi supersticiosamente en signos.

Y esperaba la ocurrencia de uno que pusiera alguna definición
entre nosotros.

Fue cuando apareció en la sala la raíz blanca, extraviada e
inquietante
de un árbol callejero.

La raíz separaba dos baldosas y emergía, nudosa y espectral,
como los tres huesos de un dedo, el comienzo de un esqueleto
completo

que había escarbado arduamente hasta mi casa
para danzar

finalmente
con mi esposa (visión de seguro venida de los grabados
de Posada).

La raíz
era signo
o, si hecho, los tres o cuatro huesos que cualquiera encuentra en
su casa.

En verdad, pues, no vi el esqueleto
completo,

pero a un año me divierte imaginarla (carcancha también) con él,
danzando, resbalando
sobre las sustancias blandas que fue desprendiendo en su descarné.

LOS choferes
que durante años recorren el largo desierto
tienen un recurso
 para abreviarlo: nombran
sus tramos.
(Nosotros decimos fácilmente
 que el desierto es uno e inacabable.)
Ellos van hacia próximas dunas, hondonadas y arenas
 en suave contorsión, y cuyas toponimias
vienen comprensiblemente de su semejanza
con formas de mujer,
de sus partes nalgas piernas senos caderas
 y de su sexo
 que tiene innumerables remoquetes.
A ningún chofer le sorprende
que la mujer esté tan segmentada,
 que no mantenga
orden anatómico o que se repita.
Sabén que al fin y al cabo, y terminado cualquier desierto,
 una mujer
 se arma siempre en la cabeza.

EN 1975, una muchacha de Roma llamada Cristina llegó a Brighton, balneario-moridero en cuyas hamacas y bancas duermen los jubilados de Inglaterra.

Viendo pasar a Cristina, los viejos hacían gestos de reprobación porque ¿a qué venían las jóvenes italianas sino a abortar? Ella había venido a aprender el inglés.

Pero como es previsible en los de lenguas latinas, a los pocos meses terminó odiando el idioma y burlándose de las conversaciones artificiales de su texto.

Más nos entendíamos nosotros, aunque ninguno sabía la lengua del otro, sólo conocíamos sus músicas. Ella agregaba, además, una mímica muy clara y abundante.

Tenía la cabeza estructuralmente sólida, pero loca por dentro: alquilaba, sin aprensiones, un sótano al mismo nivel que los sepultados en los jardines de la vecina iglesia San Pedro.

En el sótano, cada noche, cogía el único libro que había traído, una antología de poetas italianos contemporáneos, y lo agitaba en mis narices recriminándome no saber su idioma. Y cruzando las piernas sobre la cama, iniciaba su lectura, casi una ceremonia en celebración de su lengua.

El libro había aprendido a abrirse solo, siempre donde empezaban los poemas de Antonia Pozzi, porque invariablemente y todas las noches era Antonia Pozzi —que sólo vivió 26 años, según me enteré mucho después en un libro de traducciones del poeta Javier Sologuren.

Cada verso de la poeta se repetía profundamente en el sótano: era el eco que Cristina esperaba como una aprobación para continuar leyendo.

Una noche tuvo un sorpresivo arrebato: arrojó el libro que aleteó y se quebró en la pared como una paloma. En su escaso inglés me confesó algo imposible: según ella, según su desvarío, durante la lectura la Pozzi la copaba.

Le ofrecí la naranja que teníamos encima del velador. Comiendo la fruta se repuso de su pasajero delirio de posesión y volvió a sonreír avergonzada. La abracé. Entonces la San Pedro tocó diez campanadas. A ese nivel, el de los enterrados de todo el mundo, quizá sólo nosotros las oímos.

Pensé: las once o doce campanadas caerán sobre nuestro sueño y tal vez nos lleven a una visión de nuestras patrias. Ambos deseábamos el regreso. Pero ella tenía que regresar doblemente: antes debía volver a sí misma porque ahora, entregándome su cuerpo, rodando su loca cabeza en la almohada, estaba repitiendo dolorosamente que era Antonia Pozzi.

DICEN que hay una ballena en el agua baja, varando.

Vamos a verla.

Vamos a ver si nuestro pequeño y desordenado ánimo
resiste la imposición de sus oscuras toneladas.

Vamos a ver cómo llora mostrando sus torpes aletas
que no pueden ofrecernos una flor
entre dos dedos.

Vamos a pedirle que, a cambio, nos cante un lamento
con su famosa voz de soprano.

Vamos a aprender que los animales de piel resbalosa
quedan, finalmente, solos.

Vamos a ver la agitada desesperación de su gran cola
que bate arena, que quiere ganar
aguas más hondas, navegables, donde se esté bien
consigo mismo.

¿Y si ya reflató con la marea alta y no está?

Pues nos sentaremos en la playa a contemplar el mar.

La metáfora del mar desolado

puede reemplazar a la metáfora de la ballena.

LO MISMO LA PALABRA

LOS VERSOS QUE TARJO

LAS palabras no nos reflejan como los espejos, así exactamente,
pero quisiera.

Escribo con una pregunta obsesiva en las orejas:
¿Es esta la palabra exacta o es el amague de otra
que viene

no más bella sino más especular?

Por esta inseguridad

tarjo,

toda la noche tarjo, y en el espejo que aún porfío
sólo queda una figura borrosa, mutilada, malograda.

Es como si se cumpliera la amenaza de la madre

sibilina

al niño que estaba descubriéndose, curioso,

en su imagen:

“Tanto te miras en el espejo
que un día terminarás por no verte”.

Los versos que irreprimiblemente tarjo

se llevarán siempre mi poema.

EL ÁNGEL NO DESEADO

ESTA noche ha vuelto mi ángel a husmear los desechos,
a investigar mi vida con artificiosa delicadeza.
Mi ángel es de usos nocturnos, presiento
sus ojillos; su pequeña figura engordando entre los residuos,
me despierta
sólo con el peso de su presencia, sin palabras, sin trompetas,
sólo con el batir de sus alas sobre mis papeles, sobre mi ropa.
Nunca lo he visto, no conozco sus ojos,
no está entre la castiza colección de ángeles de Alberti,
sólo encuentro su inefable pestilencia cuando quiero asesinarlo
y sólo sus chillidos huyendo
y mi propia angustia en medio de las habitaciones.
Sin embargo mi ángel me conoce bien,
sabe que puede destruirme y cada día practica nuevos
atrevimientos,
lo aguardo con un garrote
pero sabe que me temblará la mano cuando él me mire encrespado
de odio,
incomprendido.
Esta noche ha vuelto, está batiendo sus alas, sospecho
claramente
las palabras que nunca dice
y que me invitan a un peligroso entendimiento:
una angustia permanente

—buen tema para poetas, buen aliciente para mantener
la vocación—

a cambio de su albedrío por mi casa, a cambio
de no dejarle veneno o ratonera en los umbrales.

REFULGE otra vez el sol sobre el río,
 siéntate en la hierba con espíritu tranquilo
 y mira a los muchachos bañarse y reír.
 Acepta estrictamente esta visión.

(Has mirado tu sombra desde el puente
 y te ha extrañado
 que no tuerza hacia la corriente.)

Tú también te bañaste aquí
 y entonces el río era igualmente sucio, dejaba
 estrías de barro en las comisuras de la boca
 donde se formaba esa risa gratuita, risa
 sólo por estar allí, zambulléndose
 y emergiendo con un único conocimiento,
 el de las cualidades tangibles del agua.
 Ese era el sentido de la risa.
 Acepta estrictamente ese sentido y declina
 la especulación poética. Porque es tu verso opaco
 contra tu brillante alegría de muchacho.

LOS muchachos que no emigraron cantaban en la esquina
 y el sonámbulo, yo,
 se enteraba sin sorpresa del transcurrir de las cosas,
 y esa noche el sonámbulo
 escribió notas para un poema vagamente melancólico:
 “Han sucedido muertes y matrimonios
 y el humo espeso de la caña molida sobrevuela todavía”.
 También dijo: “Aún estoy a tiempo para reconciliarme”.

Allá quedaron los muchachos
 y yo he regresado con alfajores de yema para mi desayuno
 y he sorprendido en mi cama a una mujer con su cría
 y me ha besado como si hace tiempo me conociera
 y me esperara,
 “supuse que vendrías hoy y te guardé un poco de carne con
 sal”, dice.

Y he venido a esta máquina a explicarme:
 ¿Soy yo el que trabaja para esta mujer y su cría?
 ¿Qué sentido reconozco para esta mujer que duerme en mi cama?
 ¿Qué afecto hacia cada palmo de mi tierra he olvidado,
 qué costumbres
 que a los muchachos les daban, seguridad y confianza para cantar?
 Pero esta máquina —la poesía, digamos— es más esquiva
 que anguila, que mercurio, que cardumen entre las manos, y
 chapaleo,

y no hay leyes que ajusten
a los muchachos que cantaban / al humo de la caña / a las
muertes
y matrimonios
con la mujer que despierta y me mira / con la bebe colorada
con el sonámbulo
que trata de decir bellamente sus palabras (de idiota).

SALA DE DISECCIÓN

UN cadáver puede provocar una filosofía del ensimismamiento,
sin embargo los estudiantes admirablemente
estaban entusiasmados con su muerto,
lo rodeaban
y discutían con fervor la anatomía de ese cuerpo de piel coriácea.
Yo aprendía otra lección:
la vida y la muerte no se meditan en una mesa de disección.
Los estudiantes me previnieron
que iban a extraer el cerebro. Permanecí con ellos:
a veces soporto lo siniestro sin perturbarme demasiado.
No hay sofisticación instrumental para retirar un cerebro,
una modesta sierra de carpintero
cortó el cráneo a la altura de las sienes,
luego sumergieron el órgano mítico en un frasco lleno de formol.
Yo me dediqué a observarlo, solo, en otra mesa
mientras los estudiantes seguían cotejando su denso libro con el
muerto.
Sorpresivamente
una burbuja brillante brotó del interior del cerebro
como un mensaje venido de la otra margen,
y no había boca que lo pronunciara.
No había boca.
La burbuja, muda, se deshizo en ese aire levemente podrido.

BIEN voluntarioso es el sol
 en los arenales de Chicama.
 Anuda, pues, las cuatro puntas del pañuelo sobre tu cabeza
 y anda tras la lagartija inútil
 entre esos árboles ya muertos por la sollama.
 De delicadezas, la del sol la más cruel
 que consume árboles y lagartijas respetando su cáscara.
 Fija en tu memoria esa enseñanza del paisaje,
 y esta otra:
 de cuando acercaste al árbol reseco un fosforito trivial
 y ardió demasiado súbito y desmedido
 como si fuera de pólvora.
 No te culpes, quién iba a calcular tamaño estropicio!
 Y acepta: el fuego ya estaba allí,
 tenso y contenido bajo la corteza,
 esperando tu gesto trivial, tu mataperrada.
 Recuerda, pues, ese repentino estrago (su intraducible belleza)
 sin arrepentimientos
 porque fuiste tú, pero tampoco.
 Así
 en todo.

LOS patos que van al sur
 otra vez están llegando al estuario de Végueta
 y ante la elegante gaviota
 arman su algazara con la gracia de los vulgares.
 La gaviota hace un gesto hostil y vuela hacia las islas tranquilas.
 Los patos quedan sumergiéndose, cuchareando el limo, buscando
 desoves,
 mientras el sol descende como un globo y se detiene fragoroso
 detrás del árbol
 que crece en la pequeña isla salina del estuario.
 Todos los elementos del paisaje parecen convergir en el sol.

 De pronto el mundo cambia de orientación y de ánimo:
 ha resonado el disparo
 de un cazador que acallando a su perro avanzó hasta el gramadal.
 Los patos corren rasantes y con espanto sobre el agua
 hasta alcanzar el vuelo y perderse detrás del farallón,
 pero el herido,
 el herido queda manteniéndose dramáticamente en una media
 altura,
 sobre el árbol,
 sobre el sol,
 e inesperadamente se eleva casi vertical como si buscara acabarse
 en el punto más alto
 del aire.

Cuando empieza a caer se forma en mi boca una frase piadosa,
una frase que él ni nadie podrá oír en su caída:
"Estás cayendo hacia el sol", le digo inútilmente.

LOS ENCUENTROS

Y de repente éramos dos hormigas en la vereda
casual,
él y yo,
así moviendo las antenas, intercambiando datos, cordialidades,
diez años.

Pero ¿por qué estos encuentros se tuercen siempre?
¿Sentías, amigo mío, cómo nuestro viejo afecto
se hacía desinterés
y fastidio?

(Y los dos supimos
que ya estábamos listos para ignorarnos diez años más.)
Antes de despedirnos
él me punzó con un dato sombrío:
su padre, Don Ventura D., tenía un intratable cáncer renal.

Todo hecho es fragmentario hasta que el azar nos lleva
a su complemento.
Digo esto porque voy a hablar ahora de mi inesperado encuentro
con su padre, tres días después.
Fue en el planetario del Ministerio de Aeronáutica, en la feria.
Don Ventura D.
estaba bajo la gran cúpula que copiaba el cosmos,
giraba trabajosamente sobre sí mismo
solo
siguiendo el movimiento de los numerosos planetas y lunas

que se trasladaban lentos y luminosos
en la penumbra.

Una mirada concentrada
hacía de la cúpula un espacio abisal,
y él la contemplaba así
y con serenidad sobrecogedora,
ya entregándose.

Me descubrí anotando
que la gravitación universal no tiene contingencias, azar
ni cáncer.

Estaba yendo hacia el poema
y me abstuve:

ése hombre está en juego, dije.

Y salí del planetario y me entropé con la gente,
ninguna seguía, como los planetas, una órbita prevista.

TROCHA ENTRE LOS CAÑAVERALES

CAMINAS la trocha de los cañaverales,
reverbera unánime el color verde.

El mundo es solar y verde.

La vaca que pasa tocando su cencerro
y el muchacho que la sigue con una pértiga
pierden su color y se pliegan al verde.

Pero hay una piedra gris que se resiste, que rechaza
el verde universal.

En esa piedra los braceros afilan sus machetes,
a las 5 de la tarde, exhaustos, hambrientos
y con el rostro tiznado por la ceniza de la caña.

Dale entonces la razón al juicioso chotacabras
que emerge volando de los cañaverales
y te amonesta:

“Aquí no, tu dulce égloga aquí no”.

DESDE la cornisa de la montaña
dejo caer suavemente una piedra hacia el precipicio,
una acción ociosa
de cualquiera que se detiene a descansar en este lugar.
Mientras la piedra cae libre y limpia en el aire
siento confusamente que la piedra no cae
sino que baja convocada por la tierra, llamada
por un poder invisible e inevitable.
Mi boca quiere nombrar ese poder, hace aspavientos, balbucea
y no pronuncia nada.
La revelación, el principio,
fue como un pez huidizo que afloró y volvió a sus abismos
y todavía es innombrable.
Yo me contento con haberlo entrevisto.
No tuve el lenguaje y esa falta no me desconsuela.
Algún día otro hombre, subido en esta montaña
o en otra,
dirá más, y con precisión.
Ese hombre, sin saberlo, estará cumpliendo conmigo.

UNA cuadrilla de obreros
está desmontando una vieja casona de Barranco.
Con una venia de paseante les pido su consentimiento para
mirarlos.
Desatan las paredes con barretas, ordenadamente,
hilada tras hilada
de adobe.
De repente un obrero llama a los otros
y señala
una larga hilada con profundas huellas de perro,
huellas fijadas por el sol de 1910
(según fecha en el frontis de la casa)
Todos acuden y ríen,
largamente ríen, incomprensiblemente ríen.
Es que ellos saben,
han recibido la imagen de la adobería de entonces:
tendales de adobes frescos y un perro distraído
caminando sobre ellos, imprimiendo sus patas,
y alguien, acertándole con un poco de barro: "¡Zafa, perro zonzo!",
y perro zonzo huyendo, asustado y loco, dejando sus huellas
en el barro fresco.
Y eso dio risa,
muy seguramente que dio risa en la adobería de entonces.
Hoy esa risa se oye aquí, en estas bocas,
como un eco que demoraba, hasta que vino.

LOS IGUANA

REPASA con tu mano las paredes, las puertas, las ventanas
y dime: ¿no sientes que todo es arena
milagrosamente conglomerada y erguida
en casas, como la mía, la antigua, donde mi hermano Valentín
cuida el candil
como una lámpara votiva?
Mi pueblo debe muchísimos años.
Todos heredamos esa deuda de tiempo.
Vivimos esperando que un día el tiempo penetre como un
violento cansancio
en la arena, y la arena vuelva a ser fina y dispersa, materia
de rápida erosión, desdibujando salas dormitorios corrales el
pueblo.
Una mañana será bastante para la completa dispersión.
Por la tarde despertaremos en nuestra nueva y escueta patria:
un arrenal y a lo lejos un espino.
Allí pagaremos nuestra deuda,
quietamente, pero durando
como la iguana gris que sólo baja los párpados displicentes
para ver contra el sol
el color de su sangre.
Así también nosotros sabremos si la sangre todavía nos circula
roja
o si ya se nos cuajó negra y muerta.
Y si roja, nuestra alegría será íntima y tácita
como la alegría de la iguana que no tiene voz para celebrar.

KRANKENHAUS

*...también para mis amigos
José Luis Calderón y Federico Haag.*

Escritos en 1986,
en el hospital Heidehaus (Hannover – RFA)
donde
“...yo miraba como postrera vez a los seres”.

HENRI MICHAUX

EL NIETO

UNA rana

emergió del pecho desnudo y recién muerto
de mi abuelo, Don Calixto Varas.
Libre de ataduras de venas y arterias, huyó
roja y húmeda de sangre
hasta desaparecer en un estanque de regadío.

La vieron
con los ojos, con la boca, con las orejas
y así quedó para siempre
en la palabra convencida, y junto
a otra palabra, de igual poder,
para conjurarla.

Así la noche transcurría eternamente en equilibrio
porque en Laredo
el mundo se organizaba como es debido:
en la honda boca de los mayores.

Ahora, cuando la verdad de la ciencia que me hurga
es insoportable,
yo, descompuesto y rabioso, pido a los doctores
que me crean que
la gente no muere de un órgano enfermo
sino de un órgano que inicia una secreta metamorfosis
hasta ser animal maduro y dispuesto
a abandonarnos.

Me inyectan.
En mi somnolencia siento aterrado
que mi corazón
hace su sístole y su diástole en papada de rana.

COMO EL PEJE-SAPO

NUNCA escuchaste canto más razonable
que el de los pájaros que anoche huían de la tormenta:
"Más vale / estar asido / del aire".
Porque en el peligroso borde palpas verso como ramita providencial
o frase de la filosofía como piedra para apoyar el pie,
Sí, más te hubiera valido aprender a asirte del aire.
Tendido, tu cuerpo suena sus tripas y te recuerda que
aún te quedan tus humildes voces
vegetativas. Sonríes
y con ternura maternal oyes tu borborismo y tu pedo,
y te serenas:
en el peligroso borde te afirmas como el peje-sapo en la roca
marina,
con el vientre.
Callada tu mente y su prestigioso trabajo,
descubres, en el peligroso borde, que tu cuerpo es más inteligente
y que es tuyo y de todos. Todo cuerpo es tótem.
Levántate y muestra tu desnudez al alba que ya empieza.
A las 7 los cirujanos te abrirán el pecho con sus escalpelos.
No morirás: tus voces vegetativas siguen sonando
y ya son (y ya eres) parte del rumor panteísta que viene del bosque
y, al parecer, de un alba más remota.

NUESTRA LEONA

SE que el sol va y viene, inquieto, husmeándome
entre los cañaverales.
Sé que se demora en el cenit mirando ansiosamente el valle.
El sol era nuestra leona.
Una imagen, aun de humilde imaginación verbal como ésta,
va a la mente
y le pide que condescienda
con el poeta. Es el trato.
Esta vez no, esta vez sólo pido vuestra mirada inmediata
y literal:
¿Quién, tan esbelto, salta de la ventana a mi tarima
y me levanta de la nuca con sus suaves fauces
y me lleva al río
si no es el sol?
El sol era nuestra leona.
Un aliento cálido me envuelve siendo aquí, en Baja Sajonia,
invierno:
es la imagen creando su espacio en mi cuerpo enfermo,
es el sol que me husmea como a hijo falto,
allá en el norte de mi país,
donde me enseñó a caminar obligándome con el hocico.

EL ENVÍO

UNA delgada columna de sangre descende desde una bolsa de polietileno hasta la vena mayor de mi mano. ¿Qué otro corazón la impulsaba antes, qué otro corazón más vigoroso y espléndido que el mío, lento y trémulo? Esta sangre que me reconforta es anónima. Puede ser de cualquiera. Yo voy (o iba) para misántropo y no quiero una deuda sospechada en todos los hombres. ¿Cuál es el nombre de mi dador? A ese solo y preciso hombre le debo agradecimiento. Sin embargo, la sangre que está entrando en mi cuerpo me corrige. Habla, sin retórica, de una fraternidad más vasta. Dice que viene de parte de todos, que la reciba como un envío de la especie.

TUMBADO en la cama busco el ángulo, la coincidencia,
el montaje visual que me permita sacar los pies por la ventana.
De este modo mis pies van a posarse en la pequeña colina de las
amapolas.

Allí permanecen toda la tarde moviéndose acompasadamente
como metrónomos. Los miro
pálidos y delgados.

Recuerdo que no hace mucho entre ellos se repartía
el instinto del vago
que viaja intuyendo las pieles más amables de la tierra,
arena, yerba, polvo, una y otra piedra en medio del río,
y sin extraviarse nunca.

La colina de las amapolas oscurece, recojo mis pies.
En el cielo empiezan las estrellas, numerosas y parpadeantes.
La más brillante y seguramente la más sarcástica
se acerca hasta el filo del tejado:

“Entre nosotras hay un acertijo, un camino
disimulado, el largo camino de regreso a tu casa,
tienes que encontrarlo posando el pie en la estrella correcta”.

En un hospital se confunden las voces propias y las flotantes.
¿La estrella ha hablado?

Díganle que mis pies han perdido el instinto del vago
y que el acertijo es muy cruel.

NEGRAS siluetas de pájaros de cartón pegadas en el vidrio
de los ventanales
advierten a los pájaros de vuelo distraído o ensimismado
que hay un límite en la transparencia del aire.
Los ventanales son sellados, herméticos al invierno
pero también a todo sonido.
En el mundo de afuera
no ladra el perro que, ladrando, espanta palomas,
no se oye la canción silbada del jardinero turco,
no crujen las hojarascas al rodar de las bicicletas.
Esos movimientos perfectamente silenciosos
adquieren cierta ritualidad que nos asusta.
Los enfermos somos
una triste fila de ángeles de amplias batas para volar.
¿Quiénes serán nos preguntamos los cinco escogidos (de entre cien)
que volverán al mundo donde cada movimiento
dura con su sonido?
Una desesperanza completa sería mejor que la incertidumbre
estadística.

Tienen razón esas negras siluetas en el vidrio, vistas
siempre en el borde difuso de nuestras miradas:
“Hacia afuera
es más severo el límite en la transparencia del aire”.

EN SU CARTA MI HERMANA DORA DICE QUE

HA creído verme cruzando
el jardín del fondo, del limonero a la mampara
de la sala.
De puro hermana, sabiendo que estoy aquí, adonde me envía su
carta,
adonde, aprensivo
y sobrecogido, leo y me digo: ¿no estaré recogiendo
mis pasos?
El que desanda ignora que desanda. Otros lo ven, silencioso,
volviendo
sin razón real para volver, o tal vez para comprender
sin ansia
que pudo acceder o permitirse más.

Razones históricas, dicen, explican las vidas, no fatalismos, pero
de qué
sirven
si ya bien definitivo es lo que alcancé
de veras, seres con volumen y peso, y que seguramente ahora,
desandando, rodeo
y que seguramente ahora
son fósiles.

¿Dónde andaré en mi desande?
Si me he sobrecogido es prueba de que aún no llego

) 110 (

al chivo: otro espíritu yo tendría.

Les explico brevemente lo del chivo.

Yo era un muchacho tras los frutos de los cactus de cerro,
y lo vi
y para esta hora pedí ser como él, chivo en el alto roquerío
que sabe estarse con arrogancia ante el vacío.

) 111 (

OTRA vez despiertas con el cuerpo poco, bien poco.
Otra vez tu vida oscila en el monitor cardiaco
pero más en tu miedo.
Ya no es la hipocondría. Ya te saltó el verdadero animalito.
Mas no patéticos. Eres hijo de. No dramáticos.
¡Mira que tu miedo es la única impureza en este cuarto aséptico!

¿O nunca conseguiré realmente ser hijo de?

El japonés
se acabó "picado por el cáncer más bravo que las águilas",
sin dinero para la morfina, pero con qué elegancia, escuchando
con qué elegancia
las notas
medidas primero y luego como mil precipitándose
del kotó
de La Hora Radial de la Colonia Japonesa.
Y la serrana
que si descubre que miran condolidamente su vejez
protesta con el castellano castizo que se conserva de Otusco para
adentro:
"Más arrugas hay en tus compañeros que en mi majoma, carajo",
y asombrosamente sigue matando pollos, cuyes, cabritos,
sin un gesto compasivo
y diciendo, como si dictara la suprema lección moral:
"Deja el tiesto sobre la brasas, hijo, para que coja más temple"

Ellos no vendrán, pues, a tomar tus manos
y acaso estás a punto de no ser hijo de nadie. Entonces
el pensamiento imposible que te viene y te deja va haciéndose
posible. Acógelos: ten miedo, ten miedo,
y justamente con tu miedo quizá vuelvas a ser hijo de,
como antes, niño,
cuando ellos todavía te abrazaban con alguna piedad.

HOMBRE ADENTRADO EN EL BOSQUE

ESTÁ sentado sobre un pino caído.

Entre el balanceo de las copas de los árboles observa el espejear
de la esfera de aluminio

que corona la torre puntiaguda del Pabellón del Cáncer.

Difícil símbolo

la esfera.

El hombre baja la mirada. Su alrededor es más amable:

los pétalos de la "Cati en Llamas" parecen crepitar en el verdor
de la yerba,

un insecto que sería avispa sino fuera tan azul

taladra su nido en un alerce. Y también mariposas.

No hay pájaros, tal vez el indicio de una posible tormenta.

Es el inestable tiempo de entre estaciones.

Pero ahora es el sol bajando en haces que se pierden en el humus.

Un haz no se pierde,

incide en un pequeño charco de lluvia.

El charco refulge y la raíz próxima de un pino se esfuma.

Y asimismo

y completamente

desaparece un conejo blanco que de huida salta al centro del
agua fulgurante.

Y esperándolo y no viéndolo más, el hombre pregunta:

"¿Y si la luz lo ha llevado a otro planeta

y el conejo, ya animal de otra sustancia, corre contento

sin haber padecido rigor de trampa, cuchillo, escopeta, zorro,
enfermedad u otro modo

de la muerte?"

("Oh Señor, no es de la muerte que quiero huir sino de sus
terribles modos".)

Ya no es amable su alrededor.

El viento del tiempo inestable desciende violento.

Las frágiles vidas del bosque cierran sus alas, sus élitros, sus casas.

Nubes de tormenta cubren el sol

y el brillante charco regresa a su humildad de agüita opaca.

Se acabó la promesa

de una limpia fuga tras una puerta reverberante.

¡Con qué rapidez se suceden estos días creencias y desmentidos!

El hombre sale del bosque guiado por la esfera de aluminio.

Difícil símbolo

la esfera.

Comienza a llover sobre su paraguas y sus zapatos.

PRÓLOGO) 9 (

ÁLBUM DE FAMILIA

CHACALL) 27 (
LOS AMIGOS) 29 (
FLORES DE PLÁSTICO) 31 (
ACERCA DE LA LIBERTAD) 32 (
EL RAPTO DE LA AMADA SABINA, SIN CABALLO Y CON MUCHA CORTESÍA) 33 (
POEMA TRÁGICO CON DUDOSOS LOGROS CÓMICOS) 35 (
SUGERENCIAS) 37 (
HABLANDO DE NARANJAS) 39 (
INFORME PARA MI HERMANO MUERTO EN LA INFANCIA) 40 (
CINE MUDO) 41 (
LAS MANOS) 43 (
LA VISITA DEL OJO QUE SUPERVISA A LOS BUENOS HOMBRES) 44 (
DIATRIBA CONTRA MI HERMANO PRÓSPERO) 46 (
CONSEJOS PARA LAS MUCHACHAS) 47 (
CUATRO MUCHACHAS ALREDEDOR DE UNA MANZANA) 49 (

EL HUSO DE LA PALABRA

EL AMOR Y NO

MI OJO TIENE SUS RAZONES) 59 (
CANCIÓN MÁGICA PARA LA CACERÍA) 61 (
COMO SI ESTUVIERA DEBAJO DE UN ÁRBOL) 63 (
IMITACIÓN DE MATSUEO BASHO) 64 (

LA MANTIS RELIGIOSA	66 (
PLANTEO DEL POEMA	68 (
MI MITO QUE YA NO	69 (
EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL	70 (
MEJOR LACÓNICO	71 (
LA DANZA	72 (
LA QUE NOMBRA	74 (
CRISTINA	75 (
LA BALLENA (METÁFORA DEL DESCASADO)	77 (

LO MISMO LA PALABRA

LOS VERSOS QUE TARJO	81 (
EL ÁNGEL NO DESEADO	82 (
REFULGE OTRA VEZ EL SOL	84 (
A PROPÓSITO DE LOS DESAJUSTES	85 (
SALA DE DISECCIÓN	87 (
ESCENA DE CAZA	88 (
TALLER DE ESCULTURA	89 (
POEMA DEL INOCENTE	90 (
EN SU CAÍDA	91 (
LOS ENCUENTROS	93 (
TROCHA ENTRE LOS CAÑAVERALES	95 (
EL ANÓNIMO (ALGUIEN, ANTES DE NEWTON)	96 (
LA RISA	97 (
LOS IGUANA	98 (

KRANKENHAUS

EL NIETO	103 (
COMO EL PEJE-SAPO	105 (
NUESTRA LEONA	106 (
EL ENVÍO	107 (
EL ACERTIJO	108 (

EL LÍMITE	109 (
EN SU CARTA MI HERMANA DORA DICE QUE	110 (
LA IMPUREZA	112 (
HOMBRE ADENTRADO EN EL BOSQUE	114 (

HISTORIA NATURAL

LA ZARZA

LA ESTACIÓN DEL ARENAL	125 (
EN EL DESIERTO DE OLMOS	127 (
ÉL ACUERDO	129 (
EN EL CAUCE VACÍO	130 (
CAMPOSANTO	131 (

EL OTRO CUERPO

EL CIERVO	135 (
LA ORUGA	137 (
LAS RODILLAS	138 (
EL GATO	140 (
EL PUENTE	141 (

HISTORIA NATURAL

LA CURA	145 (
EL ESQUELETO	147 (
LA BICICLETA	149 (
LA SILLA PEREZOSA	150 (
A LA NOCHE	152 (
A LOS 70'S	154 (
CANCIÓN DEL PESCADOR DOMINICAL	155 (
LA DESHABITADA	156 (

A TUS OREJAS	158 (
LA ARDILLA	159 (
MELODRAMA	161 (
ESTE OLOR, SU OTRO	162 (
ALREDEDOR DE MI HERMANO JUAN (I.M.)	163 (
MAMÁ CUMPLE 75 AÑOS	165 (
LA MURIENTE	167 (
CASA JOVEN CON DOS MUERTOS	168 (
INTERIOR DE HOSPITAL	169 (
LA TEJEDORA	170 (

MUSEO INTERIOR

LA GALLINA CIEGA (GOYA)	175 (
LOS PARALIZADOS (GEORGE SEGAL)	176 (
EL GRITO (EDVARD MUNCH)	178 (

CODA

DE LA POESÍA	183 (
ARTE POÉTICA	184 (

COSAS DEL CUERPO

COSAS DEL CUERPO

EL LENGUADO	193 (
EN EL BOSQUE DE ESPINOS	194 (
RESTAURANTE VEGETARIANO	196 (
NUESTRA REINA	198 (
ANIMAL DE INVIERNO	199 (
MI CASA	200 (
CIELO DE HOSPITAL	201 (

EL BAÑO	203 (
LOS TABLISTAS	204 (
EL OJO	205 (
DESAGRAVIO (I.M.)	207 (
MATE BURILADO	208 (
LAS MALACUAS	209 (
EL MAESTRO DE KUNG FU	210 (
LA RANITA	211 (
LOS RÍOS	213 (

TRES CANCIONES DE VIAJE

HACIA EL NORTE	217 (
REGRESANDO AL PERÚ EN BARCO	218 (
PAISAJE MÓVIL	220 (

VICHANZAO

EN EL OJO DE AGUA	223 (
LA VUELTA	224 (
CANCIÓN	226 (
EL NIÑO DEL RÍO	227 (
EL GUARDIÁN DEL HIELO	228 (

OTROS POEMAS

EL DEVOTO	231 (
LA TURBIA	232 (
EL HARACÁN	233 (
LA CONVICCIÓN	235 (
LA JURADO	237 (
LOS POETAS	239 (

ANTÍGONA

I) 243 (
II) 245 (
III) 247 (
IV) 250 (
V) 252 (
VI) 253 (
VII) 255 (
VIII) 256 (
IX) 258 (
X) 261 (
XI) 264 (
XII) 268 (
XIII) 270 (
XIV) 272 (
XV) 276 (
XVI) 278 (
XVII) 281 (
XVIII) 283 (
XIX) 286 (
XX) 288 (
XXI) 290 (
XXII) 292 (

HABITÓ ENTRE NOSOTROS

LA NATIVIDAD) 301 (
EL BAUTISMO) 302 (
LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO) 304 (
EL DESCANSO EN LA FUENTE) 305 (
EL ENDEMONIADO) 306 (

EL CIEGO DE JERICÓ) 307 (
MULTIPLICACIÓN DE LOS PECES Y PANES) 308 (
LA ADÚLTERA) 310 (
RAZÓN DE LAS PARÁBOLAS) 311 (
EL SEMBRADOR) 312 (
MARTA Y MARÍA) 314 (
RESURRECCIÓN DE LÁZARO) 315 (
LAS LLAVES DEL REINO) 317 (
EL MERCADER) 318 (
LA ÚLTIMA CENA) 319 (
ORACIÓN EN GETSEMANÍ) 320 (
LOS DISCÍPULOS DORMIDOS) 322 (
NECACIÓN DE PEDRO) 323 (
JUDAS) 324 (
JESÚS ANTE PILATO) 325 (
CAMINO AL GÓLGOTA) 326 (
LA CRUCIFIXIÓN) 327 (
EL DESCENDIMIENTO) 329 (

LA PIEDRA ALADA

LA PIEDRA ALADA

LA PIEDRA DEL RÍO) 339 (
LA BOCA) 340 (
EL ÁRBOL) 341 (
LA PIEDRA ALADA) 342 (
LOS BUEYES) 343 (
JARDÍN JAPONÉS) 345 (
LAS PIEDRAS DE MI HERMANO VALENTÍN) 346 (
FREE RUN) 348 (
LAS MARISCADORAS) 350 (

EL FÓSIL) 351 (
PIEDRA DE COCINA) 352 (
SOBRE UNA FOTOGRAFÍA DE ANSEL ADAMS) 354 (
EN LAS AGUAS TERMALES) 355 (
LA CONJETURA) 356 (

TRES CANCIONES DE AMOR

CUESTIÓN DE FE) 361 (
FÁBULA) 362 (
LA QUIETUD) 363 (

ARREGLO DE CUENTAS

EL TOPO) 367 (
EL VADO) 368 (
LA PLAZA) 369 (
EL PAN) 371 (
VIVERO) 373 (
EN ESA CASA) 374 (
EL DESTETE) 375 (
LA HIGUERA) 376 (
EL MIEDO) 377 (
LA JOVENCITA) 378 (
CORRIONES) 379 (

EPÍLOGOS

SIMEÓN, EL ESTILITA) 383 (
HE DICHO) 385 (

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA

RIENDO Y NUBLADO

RESPONSO ANTE EL CADÁVER DE MI MADRE) 393 (
LA SERPIENTE) 395 (
LOS NONATOS) 396 (
VIEJA CON PERRA) 397 (
LOS BÚFALOS) 398 (
LA TORMENTA) 399 (
ORGASMO) 400 (
LA FOTOGRAFÍA) 401 (
EL SUICIDA) 402 (
BOSQUE DE PIEDRAS) 403 (
RIENDO Y NUBLADO) 404 (
LA SANGRE) 405 (
ÚLTIMA NOTICIA) 406 (

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA) 409 (
EL ALGARROBO) 411 (
FLORES) 412 (
BASHO) 413 (
LA ALAMEDA DE PINOS) 414 (
RATAS Y CAVIOTAS) 415 (

OTROS POEMAS

EL MARATONISTA) 419 (
EL CAMISÓN (MAGRITTE)) 420 (
EL SALMÓN ROJO) 421 (
LA BOA) 422 (
MARINA) 423 (

LA JARRA	424 (
FÁBULA INCENUA	425 (
EL CABALLO	426 (
EN LA PUERTA DEL MANICOMIO	428 (
LA ISLA	429 (
LOS AMANTES (GRABADO ERÓTICO DE HOKUSAI)	431 (
EN LA CALLE DE LAS COMPRAS	432 (
LA PARED	434 (

EL OTRO ASTERIÓN

1	439 (
2	440 (
3	441 (
4	443 (

POEMAS INÉDITOS

<i>Tres piedras blanquecinas...</i>	447 (
EL TRASNOCHADO	448 (
<i>Este dolor, amor...</i>	449 (
<i>Qué cruz buscas...</i>	450 (
INTESTINO	451 (
FILM DE LOS PAISAJES	452 (
MIS HERÁLDICOS	455 (
EL CAMELLO	456 (

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO

EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 2013